



## **Análisis del CURI**

# **INFLUENCIA DEL IMAGINARIO HISTÓRICO EN LA INSERCIÓN INTERNACIONAL DEL URUGUAY: UNA APROXIMACIÓN**

**Emb. Juan José Arteaga**

***Consejo Uruguayo  
para las Relaciones Internacionales***

***1 de agosto de 2017***

***Análisis N° 9/17***

El CURI mantiene una posición neutral e independiente respecto de las opiniones personales. El contenido y las opiniones de los “Estudios del CURI” y “Análisis del CURI” constituyen la opinión personal de sus autores.

# INFLUENCIA DEL IMAGINARIO HISTÓRICO EN LA INSERCIÓN INTERNACIONAL DEL URUGUAY: UNA APROXIMACIÓN

Por Juan José Arteaga<sup>1</sup>

Esta breve reflexión intentará contestar la pregunta de ¿en qué medida la Historia, o el conocimiento que tenemos de esa Historia o la imagen del pasado que se proyecta en el presente, influye sobre las opciones de inserción internacional del país?

Somos hijos de nuestra historia, en este sentido nuestro hoy, nuestro presente, es inseparable de nuestro pasado, pero también debemos ser conscientes, como escribió Edward H. Carr, que “los hechos de la historia nunca nos llegan en estado “puro”, ya que ni existen ni pueden existir en una forma pura: siempre hay una refracción al pasar por la mente de quien lo recoge”. (1)

El siglo XIX nos legó – y hasta hoy - esta comunidad, que acordamos llamar Uruguay, y que es un estado-nación independiente, desde el cual se reconstruye, se rescribe el pasado.

Debe reflexionarse el tema de la inserción internacional del Uruguay en toda su dimensión. No solamente en el aspecto económico-comercial, sino también en la dimensión política, social y cultural.

## El origen de los diversos imaginarios

Conviven, a mi juicio, tres imaginarios que interactúan a veces complementariamente, a veces contradictoriamente, y que se alimentan de experiencias históricas diversas. Al primer imaginario lo podemos llamar

---

<sup>1</sup> Diplomático e historiador. Doctor en historia, especialidad Historia de América, por la Universidad Complutense de Madrid. Fue profesor de la Universidad de la República y de la Universidad Católica del Uruguay. Actualmente es Profesor de Política Exterior de Uruguay en la Universidad ORT Uruguay. Ocupó en la Cancillería la Dirección General de Asuntos Culturales (1996-1999) y de Asuntos Políticos (2004-2005). Fue embajador en Venezuela (1999-2004) y Perú (2008-2016).

“latinoamericanista”. Ha sido el más ambicioso. La idea fuerza que le mueve es la de recuperar la unidad perdida. Considera a los tres siglos del período hispánico o colonial como el tiempo y el espacio en que se gestó esa unidad basada en dos idiomas comunes y cercanos – el español y el portugués –, en una religión – en la católica – compartida, en una sociedad mestiza y en una cultura de la que se derivaron algunos rasgos y valores comunes.

La unidad caracteriza también el período de las guerras de independencia (1810-1830) a principios del siglo XIX en donde se gestaron los héroes nacionales fundadores como Bolívar, Artigas y San Martín, todos los cuales tuvieron consciencia de compartir una gesta común y continental.

Perdida la unidad con la fragmentación de los nuevos estados-nación, dedicados más a afirmar sus débiles identidades ejercitando políticas de diferenciación y enfrentamiento con sus vecinos, vemos triunfar en América Latina las fuerzas centrífugas sobre las centrípetas.

Será un escritor uruguayo, José Enrique Rodó, el que con la publicación de “Ariel” (1900) dé el campanazo que sacudirá a la juventud de América y hará despertar la conciencia de pertenencia a una matriz cultural más europea que precisamente hispanoamericana.

Como Rubén Darío, Rodó diferenciará este mundo latinoamericano, de la nueva potencia naciente que será los Estados Unidos después de la guerra contra España de 1898 en la que le arrebató los restos de su imperio colonial: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Así Ariel es el espíritu, la cultura de raíz griega y Calibán, el materialismo y la vulgaridad.

La pérdida de esa unidad tiene para muchos analistas culpables fuera de las dirigencias y pueblos latinoamericanos. Para ellos los responsables de la división fueron el imperio británico en el siglo XIX y los Estados Unidos en el siglo posterior. La idea de recuperar la unidad de los pueblos que desde México al sur, hablan español y portugués, es –sin duda– la idea más fuerte que ha recorrido el imaginario integracionista. Recién en este siglo XXI se ha abierto camino a la idea de la comunidad sudamericana como sustitutivo de base más geográfica que intelectual.

Considero oportuno recordar estas palabras de Alberto Methol Ferré que sintetizan muy bien este imaginario: “El Uruguay no es una Nación sino sólo un Estado. El área nacional es Latinoamérica y el Uruguay sólo una de sus partes. O mejor, una de sus patrias. Uno de los tantos Estados en que se pulveriza y escinde la nación latinoamericana”. (3)

Este imaginario tuvo un inicio de concreción en ALALC (1960) y ALADI (1980), Asociación Latinoamericana de Integración y en otros varios organismos que le siguieron sin que a la fecha la tan predicada unidad se haya reconstruido.

El segundo imaginario hunde sus raíces en un espacio más acotado –el virreinato platense- aunque comparte los mismos tres siglos de hispanismo que el anterior.

Para el Uruguay y en gran medida también para Argentina, el referente clave de esta unidad es la figura de José Artigas. Es él el primero en proponer el federalismo como el sistema que pudo garantizar la unidad en el respeto a las autonomías. La Patria Grande sin traicionar al pago, a las patrias chicas. El pensamiento de Artigas nos dejó un contradictorio legado. Algunas veces se refiere a América como un todo como en su carta a Sarratea del 11 de febrero de 1813 en la que dice: “La libertad de América forma mi sistema y plantarlo, mi único anhelo”. Otras muchas veces se refiere a Sudamérica y otras al espacio virreinal para cuyo gobierno, como se ha señalado, propuso el sistema federal.

Pero los uruguayos debemos reconocer que la defensa sin claudicaciones que Artigas hace de la autonomía de la Provincia Oriental, la orientalidad que heredamos, se afirma en la escuela y el liceo, ya que al recibir la enseñanza de la historia nacional, los uruguayos generamos una mala opinión de los vecinos, victimarios de Artigas, imagen negativa que no nos ayudó mucho a recuperar la unidad y que constituye uno de los elementos que conforman la idea de “ínsula” atlántica o de “marca” fronteriza que también subyace en nuestra conciencia nacional.

La conciencia autonomista de los orientales se fortalece con el fracaso del proyecto federal. Por eso el revisionismo, corriente histórica que se desarrolló en ambos márgenes del Río de la Plata, se inspira en la Patria Grande virreinal y expresa la defensa del federalismo y su contrapartida, la reivindicación del caudillismo de origen rural y provincial a quienes los unitarios consideraban “bárbaros”, caudillos del atraso y la división.

En el Uruguay fueron los historiadores nacionalistas los primeros en afiliarse al revisionismo siendo Washington Reyes Abadie el exponente más conspicuo de esta tendencia de la cual también formaron parte Roberto Ares Pons (4), Alberto Methol Ferré (5) y Vivián Trias (6).

Luis Alberto de Herrera, político e historiador nacionalista que realizó importantes aportes en temas como el de la independencia uruguaya y la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, no se afilió sin embargo al ideal patriagrandista como se constata cuando refiere que el Uruguay debe definir sus aliados por “su conveniencia con exclusión de los romanticismos infecundos que tanto nos perjudicaron...Basta ya de apoyar nuestra gestión diplomática en argumentos poéticos de raza, de vieja alianza y de tradición social”. Para Herrera la gran lección que debería aprender el Uruguay era que la unidad interna en política exterior era la condición para superar nuestra debilidad y ser fuertes hacia afuera. (7)

Posteriormente, Methol ubicará el ideal de la integración en el ámbito de la Cuenca del Río de la Plata que prácticamente coincide con el espacio del antiguo virreinato. Entusiasmado con la conformación del Tratado de la Cuenca, Methol dice que el Uruguay no se puede separar de su contexto y que éste es la Cuenca del Plata. (8)

De alguna manera, la apuesta de Methol a la Cuenca del Plata, expresada en 1967, es el contexto geopolítico que el MERCOSUR pone en evidencia en 1991 al suscribirse el Tratado de Asunción.

Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay fueron los miembros fundadores. Brasil se suma a un ideario virreinal en el que sólo contaba como antagonista y Bolivia, verdadera bisagra entre el Plata y el mundo andino, opta por el segundo

y –como Chile- integra el MERCOSUR como asociado y no como miembro pleno.

Es cierto que el origen del MERCOSUR parte de negociaciones bilaterales entre argentinos y brasileños, trascendentes en sí mismas, en cuanto implicaban la integración económica de los dos países más importantes de América del Sur y la superación de viejas hipótesis de conflicto. En ese contexto, la tercería de Uruguay y luego de Paraguay aparece como una concesión, son los “convidados de piedra”. Nada más lejos de la realidad. Si analizamos estos cambios no con el “el tiempo corto” como decía Fernand Braudel, sino en “la larga duración”, el MERCOSUR sólo adquiere o recupera su dimensión histórica, con la incorporación de Uruguay y Paraguay. Con su inclusión, uno en la puerta atlántica de la cuenca y el otro en el corazón de la misma, donde se encuentran los grandes ríos Paraná y Paraguay, el MERCOSUR adquiere dimensión histórica y recupera el espacio virreinal fragmentado con la independencia y supera la frontera de conflicto entre los viejos imperios lusitanos y español.

El tercer imaginario se va definiendo en la medida en que a fines del siglo XIX y principios del XX se afirma la viabilidad del Uruguay como Nación. Fruto de la modernización el Uruguay comienza a confiar en sus propias fuerzas, gana autonomía. Con el batllismo en el poder el Uruguay desarrolla una política exterior proactiva y propositiva. Con el batllismo, el Uruguay afirma su diferenciación, su originalidad en el contexto latinoamericano.

De ahí que el batllismo con las figuras de José Batlle y Ordoñez y Baltasar Brum exprese su doble vocación internacionalista y panamericanista.

Por un lado, Batlle en la 2ª Conferencia de la Haya (1907), formula su propuesta de arbitraje obligatorio, y por otro Brum, como Canciller propone su idea de solidaridad americana ante el ingreso de Estados Unidos a la 1ª Guerra Mundial y ya como presidente realiza su propuesta de la Liga Americana en 1920.

El panamericanismo, como corriente, parte de la 1ª Conferencia de Washington realizada entre 1889-1890, pero hunde sus raíces en la Doctrina Monroe y acaso, porque no, parcialmente en Artigas que toma como modelo el constitucionalismo norteamericano.

Nunca ha sido estudiado a fondo el tema de en que medida el fuerte impacto de la inmigración europea durante el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, incidió en la política exterior internacionalista, culturalmente europea y más concretamente pro estadounidense y panamericanista.

La idea de país nuevo, de laboratorio experimental, nuevamente de “ínsula” europea, y la necesidad histórica de garantizar la autonomía del Uruguay de las injerencias políticas, militares y económicas de sus grandes vecinos, que tantos males causaron en el siglo XIX, está en el trasfondo de esa búsqueda de un papel propio, un lugar propio en el contexto internacional.

No nos llama la atención que cuando el mexicano José Vasconcelos visita el Uruguay durante la presidencia de Brum buscando la cuna del ideal latinoamericanista de Rodó se lleva una tremenda decepción: “creyó llegar a la avanzada latinoamericana y nos vio sentirnos europeos...” Así Vasconcelos definió a los uruguayos del momento como franceses en literatura, ingleses en los negocios y norteamericanos en la política internacional. Del espíritu de Ariel y de Rodó, nada. (9)

De ese panamericanismo, que debe reconocerse tuvo un lentísimo desarrollo (1948: Conferencia de Bogotá y creación de la OEA), se desprende el proyecto del ALCA, propuesta de los Estados Unidos que si bien tuvo y tiene muchos defensores en América Latina, fue enterrado como proyecto global en la Cumbre de Mar del Plata (2005) bajo el impulso de los presidentes de Venezuela y Argentina, el comandante Chavéz y el Dr. Kirchner.

La inserción internacional del Uruguay es un proceso inacabado y que permite diversas lecturas.

Creo con Edward Carr que “sólo podemos captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente” (10) y espero que esta breve aproximación a los que considero los principales, no los únicos, imaginarios que atraen o repelen, los actuales caminos de integración ayuden a generar una reflexión, echen luz, sobre nuestros caminos futuros.

Coincido plenamente con Chaunu cuando nos dice que “la Historia nos invita a plantear la cuestión del sentido y, por lo tanto, la de la acción y el

sentido de la acción” (11). Sirva esta advertencia para los que proyectan el futuro sin mirar o analizar el pasado.

Por último quiero recordar aquellos “ensueños atractivos” sobre los que nos advertía Herrera porque según él esos “ensueños” pueden llevarnos al error. Siempre debemos ser capaces de defender y seguir el interés nacional definido en un diálogo pluralista, democrático y racional.

El Uruguay se encuentra en un lugar determinado no determinista y en medio de un proceso histórico que debemos ser capaces de ver en el tiempo de larga duración. La historia es continuidad y también cambio. No confundirla con esos “ensueños atractivos” y que sean las realidades y no los “imaginarios” subyacentes los que orienten la inserción del Uruguay en el ineludible mundo global de hoy.

Montevideo, 2007

Consejo Uruguayo para las Relaciones Internacionales



## NOTAS

- (1) CARR, Edward. H: “¿Qué es la Historia?”, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1993
- (2) La publicación de “Ariel” intentó ser una respuesta al triunfo de los Estados Unidos contra España (1898) en la guerra en la que el primero conquistó los restos del viejo imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Simplificando Ariel es el espíritu, es Hispanoamericanista y Calibán en la materia, es Estados Unidos.
- (3) METHOL FERRÉ, Alberto: “Dos odiseas americanas”, en Carlos Real de Azúa: Antología del Ensayo uruguayo contemporáneo, Tomo II, Montevideo, Universidad de la República, 1964, p.637
- (4) ARES PONS, Roberto: “Uruguay ¿Provincia o Nación?”, Montevideo, Ed. Banda Oriental, 1967
- (5) METHOL FERRÉ, Alberto: “El Uruguay como problema”, Montevideo, Ed. Banda Oriental, 1967.
- (6) “Los años de la Patria Vieja, la Gloriosa Revolución Argentina son la raíz de ese porvenir que necesitamos insoslayablemente (...) Hoy nos debatíamos entre sus propuestas –la integración liberadora en la Patria Grande latinoamericana -y los proyectos del imperialismo- la integración monopolista y colonial” en: TRIAS Vivián. Uruguay y sus claves geopolíticas, Montevideo, Cámara de Representantes 1972.
- (7) HERRERA, Luis Alberto: El Uruguay internacional, Montevideo, Ed. Cruz del Sur –Instituto Manuel Oribe, 2007, p.104
- (8) METHOL, op.cit, p.78
- (9) METHOL, citado en REAL DE AZUA, op.cit.P.641
- (10) CARR, op.cit.
- (11) CHAUNU, Pierre: Historia y Decadencia, Barcelona, Juan Granica ediciones, 1983.